

La paz

ESTRELLA prendida en un árbol parece esa luz, única señal de vida humana en medio de la negrura de la arboleda.

Ahí vivirán el padre, la madre, los hijos de una familia. Tal vez ellos sean los dueños de la arboleda, a la mañana verde, negra en la noche. O quién sabe si ¡pobres! no sean más que guardianes. De todas maneras han de vivir en paz.

Con el día se levantarán, y la milpa, las gallinas, los cerdos, han de ser su única preocupación. Fuertes, sin enfermedades, gozando siempre de la tarde calurosa, de la noche fresca y estrellada, han de vivir en paz.

Tal vez algún día, cuando el padre o la madre mueran, esa paz se acabará, y el dolor, el llanto, en medio de la soledad, no los dejará vivir en paz.

Ese día la estrella prendida en el árbol no brillará. Los viajeros, al pasar el tren, nada advertirán. Sin embargo, con la estrella se acabó la paz.

¡Líbranos, Señor!...

EL patio del Primitivo y Nacional Colegio de San Nicolás. En el centro del patio, el cura Hidalgo, en élan patriótico, está a punto de caerse del pedestal. En el fondo hay una araucaria.

Vieja, señorial, pesimista. Cada año el tronco echa una rama, la rama echa otra rama pequeña, la pequeña un racimo y el racimo una flor. Los años se cuentan por partida cuádruple.

En la cornisa de la azotea, los gorriones, alegres y descarados, tocan música rusa. Cantando vuelan a la baranda del corredor; después a la araucaria.

La última parte del concierto, un largo *maestoso*, se cumple en la oscuridad ya. De la araucaria, semejante a un órgano de tonos graves, sale un coro de ruegos, en voz baja, mansos, cristianos.

Suenan las campanas. La araucaria, como órgano majestuoso, dice lentamente:

—¡Líbranos, Señor!...

Me descubro y digo con la araucaria:

—¡Líbranos, Señor, de todo mal...

Sopa de letras

SOPA de letras,—hemos leído en la lista de platos.

Mi amigo principia a hablar, como siempre, con algo de locura:

—Es médico; pero... ¡qué diablos!

un mal médico: ama lo bello. Un viaje por Michoacán, la simple contemplación de los remiendos verdes del trigo y del morado de los montes, lo ha decidido: se dedicará a la agricultura, comprará un ranchito y trabajará al rayo del sol y bajo el azul del cielo.

Por supuesto que antes de ir al rancho se casará. Su novia es muy agradable: joven y delgada, tiene como ojos dos manchitas negras que se mueven desesperadamente. Él sembrará y montará a caballo; su mujer se dedicará a la cría de gallinas y palomas. Todos sanos, contentos, sin preocupaciones. En la noche leerán libros, muchos libros.

—Nos comeremos los libros,—dice mi amigo.

Yo pienso que es fácil: él ha acaba-

do con la sopa de letras en tanto que yo voy apenas en la *f* o en la *g*.

Lo que va a pasar

LENTO, agudo, interminable, suena el toque de queda. Hasta entonces nadie pensaba en dormir; ni el grillo en cantar; ni yo en leer; ni el *huele de noche* en perfumar; ni los árboles en moverse; ni los relojes en sonar. Con el toque de queda unos mueren y otros nacen.

Claros, distintos, oigo los pasos de un trasnochador. El empedrado, las aceras, parecen tener resonadores.

Ya sé lo que va a pasar. Siento alegría: el centinela, curioso, despótico,

Para neuralgia



DIABLITOS